

una carta para el Rey?—preguntó Teddy.

—Podría no llegar á sus manos. Os daré una carta para mi tía, la Reina. Me quiere como si fuese su hija; ella dispondrá que os acompañen á la presencia del Rey.

La princesa se dirigió á un ángulo de la estancia y escribió á toda prisa unas líneas, mientras los dos enamorados hablaban en voz baja. Luego de sellar la carta, la princesa volvió hacia Hervey, con una dulce sonrisa en los labios.

—Será forzoso que os vigile; de lo contrario lady Maldon se arrepentiría de haberme confiado su hija.

Teddy lanzó una mirada llena de remordimientos. Su prometida contempló lentamente á la Princesa.

—Veremos—respondió con ambigüedad.—He aquí la carta, señor Hervey; no perdáis una hora en el viaje, os lo ruego.

—No perderé un segundo, señora—dijo Teddy.

Y á la verdad, hubiese sido harto injusto criticarle el segundo que invirtió en despedirse de Fanny, en la puertecilla del palacio.



## CAPÍTULO XII

### LA LUCHA POR LA CORONA

**M**IENTRAS volvía apresuradamente á la verja por la cual había entrado, el teniente miró la hora en su reloj. Faltaban veinticinco minutos para la media noche. La entrevista con la princesa había durado una hora exactamente.

Guardando el reloj en su bolsillo, llegó á la reja. Iba á abrirla, cuando se detuvo bruscamente, con asombro mezclado de temor. Una hora antes, Hervey había vuelto á cerrar cuidadosamente la puerta con la llave que Fanny le mandara en respuesta á un billete suyo escrito por la mañana. Y la verja, cerrada por él, estaba ahora abierta de par en par.

Imposible dudar del advenimiento de algún extraño. Alguien—un enemigo sin duda—habría seguido sus pasos.

Teddy miró al exterior. No vió á nadie por la calleja que iba á High Street. Iba á penetrar por ella cuando, mudando súbitamente de opinión, se dirigió á la iglesia.

Al cabo de un minuto se echó á correr; y, por estorbarle la capa, se la quitó, hizo con ella un lío y la arrojó por encima de la reja del atrio. Luego dió la vuelta á la iglesia y se dirigió á la calle mayor por otra calleja más apartada.

Llegado á la calle, miró prudentemente á uno y otro lado. Cerca del chafán que había evitado, permanecía un coche que tenía todo el aspecto de los vehículos en moda. Llevaba un tiro de dos caballos, y pertenecería á algún rico propietario.

—Me parece que es el de Sturmer—pensó Teddy.—He aquí precisamente lo que me faltaba para conducirme á Windsor—siguió diciendo mentalmente.

Y fué acercándose al carruaje,

deslizándose entre la sombra de las paredes, andando con todo el sigilo que le fué posible.

El cochero, que estaba sentado, tenía la cabeza pegada al pecho; dormía. A cierta distancia del carruaje, en la acera, veíase á un sujeto de bella estatura, envuelto en su capa, y sobre cuya identidad no tuvo Hervey la menor duda. Era el alemán, y aguardaba que él saliese de palacio.

Sturmer, que esperaba ver salir á Hervey por la calle que había tomado para la ida, le daba, naturalmente, la espalda; y el teniente pudo avanzar sin miedo á ser visto. No obstante, á cuarenta ó cincuenta pasos del carruaje se detuvo, reflexionando qué partido iba á escoger.

En el mismo instante su adversario le ayudaba en sus planes, tomando la única determinación indispensable para asegurar el éxito del atrevido proyecto concebido por Teddy. Impaciente por la ausencia, que ya juzgaba interminable, del teniente, Sturmer se alejó poco á poco del coche, dirigiéndose hacia

la calleja por donde creía que iba á regresar su víctima.

De esta suerte, el plan que debía seguir Teddy era sencillo y evidente. Paso á paso, á medida que el barón se alejaba, fué adelantando y en seguida estuvo frente á los caballos. Una vez allí, bajó de la acera con la intención de arrojarse al asiento, al lado del cocheró dormido.

Pero no había contado con los caballos. Amedrentados por la vista de un desconocido que casi les rozaba, los dos brutos se agitaron, y aun uno de ellos tiró de las bridas con impaciencia.

Despertado por este movimiento, el cocheró se enderezó bruscamente, estrechando las bridas por instinto; pero, de pronto, un hombre se echó de un salto al asiento vecino, y apoyándole el cañón de una pistola en la sien, le ordenó:

—¡Adelante, ó te mato!

Al mismo tiempo volvía Sturmer corriendo, y gritando con todas sus fuerzas:

—¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡A él!

Pero sus gritos no tuvieron más resultado que confirmar la pavora

del malhadado cocheró. Desde aquel punto, seguro de que se las había con algún ladrón denodado, no oyó más á su amo; lanzó los caballos al galope, y pronto dejaron á Sturmer á gran distancia.

Abriéronse las ventanas y asomáronse vecinos alarmados mientras el carruaje atravesaba la aldea con loco estrépito; un sinnúmero de voces repitieron los furiosos gritos del Hannoveriano, quien comprendió haber proporcionado él mismo á su enemigo recursos para la fuga. Pero el cocheró, que continuaba sintiendo la pistola sobre la sien, no menaguaba el paso.

Despavorido, no se atrevió á frenar hasta que llegaron á vista de la primera barrera de pontaje, y aun lo hizo mirando de reojo á su compañero. Teddy había tenido tiempo de ultimar su plan. Retirando la pistola, le dijo en voz baja y tono resuelto:

—Mucho cuidado; dispongo de tu vida, y si me desobedeces te mato como á un perro. No soy un foragido; llevo despachos á Windsor para el Rey, y en nombre del Rey te ordeno que me lleves allá.

El cochero, aunque escéptico, pareció tranquilizarse un poco.

—¿Qué dirá mi amo?—murmuró.

—Nada temas, si te despacha yo te daré un empleo más ventajoso.

Antes que Teddy pudiese añadir una palabra, llegaron á la barrera y vieron al pontonero, dormido junto á la puerta. Teddy le arrojó media corona mientras el carruaje se detenía. Empezaba el pontonero á abrir la puerta, cuando oyó gritos á lo lejos, y, en seco, se paró á mirar.

—¡En nombre del Rey, abrid la barrera!—vociferó Teddy.—Llevo despachos.

El hombre dudaba. Hervey saltó á tierra, y sacando la carta de la princesa se la puso ante los ojos. Mas el pontonero movió la cabeza.

—No sé leer,—refunfuñó, y mirando al camino, por donde aparecía la silueta de un hombre que corría desbocado, preguntó, sospechando:

—¿Por qué os persiguen?

Mas la ocasión no toleraba explicaciones. Metiéndose la carta en el bolsillo, Hervey, antes que el pontonero se lo pudiese impedir, le arrancó las llaves y de un puñetazo

le hizo rodar en mitad de la carretera. Afortunadamente, el cochero no había aprovechado el incidente para escapar. Al cabo de unos segundos el oficial estaba otra vez en su asiento, y el carruaje volvía á huir á toda prisa hacia Hounslon Heath.

No obstante, por veloz que anduviese el carruaje, no satisfacía su carrera al impaciente mensajero de la princesa.

—Es inútil—acabó por decirse.—Será mejor desenganchar un caballo y galopar hasta allí. Aun faltándome silla, podré correr más.

Ordenó al cochero que se detuviese y le explicó su resolución. Bajó éste, y sin atreverse á la más leve oposición, empezó á desenganchar el caballo elegido por el teniente. Durante esta operación, Teddy se acercó al otro bruto y le apoyó la pistola á la oreja. Permaneció un momento inmóvil, enarcadas las cejas, sin decidirse.

—No—dijo al fin, retirando el arma.

—Me falta valor para matarlo. Me expongo á ser perseguido, pero llevo ventaja y soy tan buen jinete como ese maldito tudesco.

El caballo estaba ya dispuesto. Improvisó rápidamente una brida con las riendas, y rompiendo el mango de la fusta para hacerse un látigo, saltó con ligereza sobre el animal.

—Muy bien. Podéis desandar lo andado y decidle á vuestro amo que el teniente Hervey, de la Guardia, le toma un caballo, y que mañana hallará el bruto en la caballeriza del Castillo de Windsor.

Dicho esto, desapareció al galope en la obscuridad, dejando al desventurado cochero en mitad del camino, maltrechos los arreos, arrastrando por el suelo las bridas rotas.

Él, en tanto, galopaba atravesando poblaciones dormidas y aldehuelas pacíficas, hasta que su montura, no acostumbrada á semejantes excesos, empezó á dar señales de cansancio. Vióse obligado á hacerla marchar al trote para dejar que tomara nuevos bríos. La blanca carretera, manchada sólo por la sombra de los árboles laterales, se extendía subiendo y bajando, hollada por su caballo. Llegó á Brentford dejándolo atrás; luego apareció en el horizonte la ciudad de Hounslow extendiéndose

poco á poco, para desaparecer inmediatamente tras él. El famoso yermo inmortalizado por tantos bandoleros, teatro de los hechos de Jack Sheppard y del elegante Claudio Duval se extendía delante de él. Dudó un instante al llegar á la confluencia de dos caminos; el que lleva á Staines y al antiguo Egham, y el que sube al Norte, á Slough. Tomó el postrero, pasando por varios caseríos cuyos nombres ignoraba, y sin fijarse más que en los mojones kilométricos, que sobresalían vagamente de la hierba de las cunetas.

Más de una vez, á lo largo del camino, hubo de atravesar nuevas vallas de pontaje, pero ya no iban perseguidores en pos de él, y sólo le enojaba la lentitud de los pontoneros soñolientos. ¡Cuánto hubiera deseado montar su propio caballo y atropellar todos los obstáculos! Montando un bruto que no conocía, y que al cabo era animal de tiro, nose atrevió.

Continuó galopando hasta que hubo dejado á su espalda el último trazo largo de carretera que penetra en Slough. Entonces, virando bruscamente á la izquierda, salió del pue-

blo hacia el sur, columbrando enfrente el bien redondeado contorno de un altozano, coronado por la torre de Plantagenet, cuna de más de una rama real.

Mientras se acercaban las famosas murallas, oyó en pos de él un sordo choque de herraduras, y volviéndose, vió á otro jinete que galopaba locamente por el camino.

Le perseguían.

Era preciso, para asegurar la partida, obtener del caballo jadeante la mayor rapidez posible. En su adolescencia, Teddy había montado potros y organizado carreras con sus hermanos en el parque del castillo de Wisbeach; la añeja costumbre le prestó aquel día grandes servicios. Con todo, aun apresurando al caballo, cuyos costados bañados en sudor golpeaba con el mango del látigo, se dió cuenta de que el jinete iba ganando ventaja; el sordo choque de las herraduras se cambió en estrépito, y al fin retronó en sus oídos un grito furioso:

—¡Detenéos, ó disparo!

Sin refrenar la marcha un solo instante, volvió la cabeza. Los ojos

del alemán echaban chispas; veíase el rostro convulso, cuyas facciones desencajaba la ira. Teddy se puso también furioso al ver que su enemigo montaba el caballo que él abandonó, pero (y eso explicaba que le hubiese alcanzado) Sturmer había podido procurarse una silla, estribos y espuelas, con las cuales hería de continuo los costados sangrientos del desdichado bruto.

Volvió Teddy á hundir sus miradas delante de él, en la obscuridad. Lucian débilmente los primeros fulgores del alba. Un nuevo esfuerzo, y se salvaba. Pareció comunicar á su montura su voluntad resuelta. Pero de pronto oyó un ruido seco, seguido de una blasfemia. La pistola de Sturmer había errado el tiro.

Gozoso por haber escapado á tal peligro, redobló el joven sus esfuerzos. El valiente bruto, casi sin aliento, perdió de vista las últimas casas de la ciudad, y, siempre galopando, tomó el camino que conduce al puente. El Hannoveriano no se atrevía á disparar de nuevo, pero iba ganando ventaja. Entraron en el puente casi al mismo tiempo, y llegaron á la

rápida cuesta que lleva al castillo; al cabo de una persecución de 30 kilómetros se hallaban uno al lado de otro. Sturmer iba á tender la mano para agarrarle y lanzarle de la montura, cuando, á la última vuelta, sonaron el crujido de un arma y un «¡Quién va!» Mientras el centinela, despertado, se arrojaba hacia delante con la bayoneta en el cañón, Teddy rodaba del caballo, que se detuvo repentinamente. En seguida se halló dentro del castillo.

Miró su reloj. Era la una y cuarto. Había empleado poco más de hora y media para llegar á Kensington.

No hubo menester largo espacio para dar al centinela explicaciones satisfactorias; y mientras el barón, vencido, se batía en retirada, el oficial portador de la carta de la princesa era acompañado á través de los patios, calladamente iluminados por la luna, hasta las habitaciones del rey moribundo.

Hervey aguardó en una antecámara que el mensaje fuese llevado á la reina Adelaida. Cinco minutos después, una de las damas de la reina iba á buscarle para conducirlo á

un salón contiguo á la estancia del enfermo. Allí encontró á la esposa de Guillermo IV, imponente y hermosa todavía, pero fatigada por las semanas del no interrumpido velar. De quince días acá, sin tomarse ni el tiempo de mudar el traje, apenas había dejado unos instantes la cabecera del lecho del rey.

El dolor y la angustia de la reina impresionaron á Hervey de tal modo, que ignoraba si debía ó no cumplir su misión. Pero la reina, sobreponiéndose á su quebranto, quiso saberlo todo.

Más que sorpresa, causáronle aflicción las revelaciones de Teddy.

—Todo esto parece muy propio de Ernesto—dijo hablando para sí, más que dirigiéndose al teniente.—Los lazos familiares no tienen á sus ojos valor alguno. Esta muerte no le impone ni le amarga. ¡Dios mío, que un hermano, en los últimos instantes de su vida deba preocuparse de amparar contra las tramas de la envidia á la huérfana de otro hermano! Aguardadme—añadió levantándose. Voy á preparar á mi caro esposo; y no dudo que al momento querrá veros.

La reina pasó á la vecina estancia, dejando solo á Teddy. Inmediatamente fué á hacerle compañía un hombre de edad madura, de aspecto noble y cara leal y bondadosa.

—La reina me manda hacia vos, señor Hervey—dijo.—Soy lord Conyngham, el chambelan. Sin duda necesitáis un refrigerio tras una carrera tan larga.

Teddy rehusó al principio, pero el marqués de Conyngham insistió en que tomara vino y pollo frío. Mientras llevaban la cena, el marqués le interrogó sobre las noticias de que era portador, y no ocultó su indignación al enterarse de las mañan criminales de Sturmer.

—Mi impresión—dijo Teddy—es que ese hombre tiene espías aun en este palacio, pues le oí decir que recibía partes secretos del estado de salud del rey.

Al lord chambelan le inmovilizaba el estupor.

—¡Esto pasa ya de odioso!—exclamó.—Pero, si ello es cierto, tomaremos nuevas precauciones. Voy á ordenar que nadie salga del castillo hasta nueva orden.—E inclinándose

hacia el teniente, le dijo en voz baja: —No creemos que el rey pase de esta noche.

Esta vez, Teddy se estremeció.

—En tal caso, milord, será importantísimo que la noticia permanezca secreta hasta que la princesa haya podido tomar las precauciones necesarias.

El marqués asintió con la cabeza, y fué á dar sus órdenes.

Teddy acababa su ligera refección cuando se abrió la puerta de la alcoba real, y uno de los médicos le indicó que entrara.

Levantóse, y, avanzando poco á poco, penetró con la frente inclinada en la estancia donde yacia el último rey de Bretaña y Hannover. En el cuerpo gastado y las facciones cansadas del enfermo, tendido en la cama, era difícil reconocer al Guillermo IV, robusto marino, como él se lo había imaginado siempre. Yacia Guillermo, apoyada la cabeza en las almohadas, respirando penosamente, ladeada la faz para contemplar en todo instante la faz amada de su esposa cuyo desinterés había sido, durante las amargas y vejaciones

de los últimos años, su principal consuelo. La tierna solicitud por ella demostrada durante aquella larga y cruel enfermedad, excepcional en una mujer y más en una reina, le había mostrado todo el valor de un tesoro de que en ocasiones no se diera cuenta. La misma simplicidad del cuadro lo hacía más impresionante, pues nada majestuoso, nada regio se advertía en aquel viejo que luchaba por unas horas de vida. Desaparecía el monarca, y veíase nada más al pobre pecador abatido.

A un lado de la cama estaba un eclesiástico de cabeza cana, y no eran necesarias sus insignias episcopales para revelar á Hervey que se trataba del venerable Howley, arzobispo de Canterbury. El arzobispo acababa de administrar al moribundo los últimos sacramentos, y le consolaba con las bellas oraciones de la liturgia. A cierta distancia permanecía un grupo de personas, pero Hervey no paró mientes en ellas. Obedeciendo á una señal del enfermo se acercó á la cabecera y se inclinó para escuchar el rumor de su voz expirante:

—Decidle á mi sobrina que obró bien mandándoos á mi. Están ahora escribiendo un papel que yo firmaré. La declaro mi única heredera legítima. Cuando esté despachado el papel volvéos á Londres. Id en seguida á casa del Duque; decidle que en mis últimos instantes he confiado mi sobrina á su apoyo, y rogadle que se conduzca de tal suerte con ella, que en su última hora pueda gozar de una tranquilidad igual á la mía.

Siguió un ataque de tos á estas solemnes palabras. En tanto, el joven miraba consternado á su alrededor.

La reina Adelaida se hizo cargo de la situación, y dijo, resolviendo la duda en un murmullo:

—Se refiere al duque de Wellington.

Guillermo la oyó y levantó la cabeza.

—¡Sí, el duque de Wellington, el duque de Hierro! Decidle á mi sobrina que confie en él. Es un inglés caballeroso y leal.

Cerró los ojos un instante, para abrirlos en cuanto le llevaron el documento. Tomando en sus débiles dedos la pluma que le tendía su esposa,

su temblorosa mano escribió como pudo la firma: «Guillermo IV. R.» Luego cerró los ojos nuevamente, apoyando la cabeza sobre el seno de la reina, inclinada hacia él.

Miraba Teddy la conmovedora escena, cuando la pesada voz de un péndulo situado en un rincón de la estancia le recordó su misión. Tomó respetuosamente el documento real que había quedado sobre el cobertor y ya se dirigía á la puerta cuando un movimiento que se produjo en la habitación le detuvo. Volvióse, y vió que el arzobispo se había arrodillado.

Guillermo IV ya no existía.

Acercóse á él inmediatamente un médico, puso la mano sobre el corazón que ya no latía, y se volvió doblando la cabeza. Inmediatamente un personaje de elevada estatura, en quien Hervey reconoció en seguida al gran senescal, se adelantó desde un extremo de la estancia hasta los pies del lecho. Llevaba en la mano una varilla blanca; la levantó encima de su cabeza, rompióla en dos trozos y dijo en alta voz:

—De esta suerte plugo al Dios

Todopoderoso sacar de esta vida pasajera y llamar hacia Él al muy alto, muy poderoso y muy excelente monarca Guillermo IV, por la gracia de Dios rey del Reino Unido de Gran Bretaña y de Irlanda, defensor de la fe y soberano de la nobilísima orden de la Jarretiera, rey de Hannover y duque de Brunswick y de Zunenburg.

Mientras la afligida viuda lloraba sobre el pecho de su marido, el teniente, emocionado, se fué silenciosamente al salón vecino, donde no tardó en reunirse el marqués de Conyngham.

—Está dispuesto un carruaje de dos caballos—dijo el lord Chamblán.—El arzobispo y yo nos proponemos ir al instante á Kensington para anunciar la noticia á la Princesa. Me parece oportuno que os vengáis con nosotros, y que luego continuéis hasta Apsley House.

—Gracias, milord—dijo Teddy, inclinándose.—Pero permitid que os recuerde que ya no hay tal princesa. El rey ha muerto.—Y levantando los ojos, iluminados por un nuevo sentimiento, exclamó:—¡Viva la reina Victoria!